

RELACION HISTORICA (1)

LIBERTAD REPUBLICA FRANCESA IGUALDAD.

Antonio Chanlatte, General de Brigada y Comisario del Gobierno
Frances en la parte (antes) Española de Santo Domingo.

Al Gobierno Frances y a todos los amigos de la
soberanía nacional y del orden (2)

Un deber y no mi gusto, la necesidad y no la satisfacción me hacen levantar la antorcha de la Verdad en medio de las tinieblas en que está Francia por lo que atañe a la Colonia de Santo Domingo. Los relatos que sobre este asunto se han hecho, han recibido siempre el colorido de alguna pasión o del modo de verlos aquellos a quienes han sido encaminados; cada cual le ha dado el sentido conveniente a su sistema considerando las conjeturas como si fuesen hipótesis, y las hipótesis como si fuesen hechos reales, de que ha resultado que la verdad y la sinceridad no han tenido más parte en cuanto se ha dicho de Santo Domingo que el haber sido mencionadas por la preocupación y por la adulación. Mi lenguaje será más severo, pero más conforme a lo verdadero; menos galano, pero más útil. Declaro muy alto que no tengo motivo alguno de ira, ni de predilección, ni de temor ni de esperanza. El amor

de mi patria, la adhesión a mi país, la obligación en que creo hallarme de dar mi opinión serán las únicas guías de mi pluma; en una palabra, diré las cosas como positivamente consta que son.

ESTADO ACTUAL DE LA PARTE
FRANCESA DE SANTO DOMINGO.

No podemos darnos idea justa de lo que es Santo Domingo y de la causa de sus males, sino poniéndonos en la fatal época de la elevación del General Toussaint al mando general.

Recordaremos, ante todo, que el General Laveaux, sobre quien tuvieron siempre mucho más imperio las circunstancias que los principios, se decidió a compartir su autoridad con Toussaint en recompensa de haberse ingerido en la discordia (más bien personal que nacional) suscitada el 30 Ventoso del año 4º entre los Administradores y el ciudadano Villave. Creyó el General Laveaux que el sacrificio que hacía de la mitad de sus poderes era indispensable para la conservación de la otra mitad. No tardó mucho en conocer la falencia de su cálculo, y escribió a Francia para justificar esta elevación, diciendo que Tousaint, lo mismo por sus virtudes que por su talento, era el hombre más grande de su siglo. Lo creyeron. Primer error.

Al ser admitido al ejercicio de las funciones de Gobierno, comenzó a proceder sin aquella modestia y timidez que solía aparentar para el engaño y comenzó a dictar algunas leyes con intentos ururpadores y el primer paso que dió fué para desembarazarse de su colega Laveaux, para lo cual hizo que se nombrara Representante de Santo Domingo en el Cuerpo Legislativo, no siendo esto sino una separación honorífica de su empleo; y Laveaux salió para Francia. El General Toussaint, ya bastantemen-

(1) Esta interesante Relación Histórica ha sido copiada en los Archivos de Caracas, Venezuela, por Fray CIPRIANO DE UTRERA, quien nos la ha enviado para su publicación en CLIO. Es parte de la extensa documentación lograda por el benemérito investigador que no desmaya en aportar nuevas y valiosas fuentes para el esclarecimiento de diversos aspectos de nuestra historia. Este documento es particularmente interesante en lo que respecta al estado de la isla al iniciarse la Era de Francia, y en lo que concierne a los audaces procedimientos de Toussaint Louverture (E.R.D.)

(2) Nota de Fr. C. de U.: Todo el contexto de este documento manifiesta que fué publicado en la Ciudad de Santo Domingo cuando fueron elegidos los dos Diputados que habían de recabar de Francia y España la suspensión de la toma de posesión y abreviar el tiempo para que se diera el Código particular de gobierno para la parte española. Los Diputados no salieron hasta septiembre de 1800. Este documento es del 9 de Junio de 1800.



te poderoso para quererlo todo, fué hecho General en Jefe por los Agentes Sonthonax, Raymond, Leblanc y Guirave; se enviaron a Francia nuevos elogios de este hombre incomparable, cuya ciencia infusa abarcaba todos los ramos de la administración social de suerte que iba haciendo de Santo Domingo el País de la fortuna y de la propiedad. Lo creyeron también. Segundo error.

Otro hombre cualquiera que no Toussaint, al hallarse a la cabeza del poder militar, se hubiera sentido mucho más que satisfecho, pero su inquieta ambición, ya lisonjeada en demasía, quiso apoderarse de toda autoridad, tal como la tenía concebida. Grandes dificultades había de arrostrar para conseguirla, pero a su resolución le sobraban medios. Querellas baladíes entre los Comisarios, habían ya reducido la Comisión a Sonthonax y Raymond. Este último, naturalmente dulce y condescendiente, era mas útil que peligroso, y como la política dictaba a Toussaint excusar ser acusado de atentar contra la autoridad nacional, se revolvió contra Sonthonax, como contra único objeto de sus cuidados; la firmeza, el animo desconfiado y los conocimientos locales de este Comisario hacían tanta sombra a Toussaint, que ya su amor propio no descansó hasta deshacerse de él.

Ya Sonthonax había sido elegido, seis meses antes, Miembro del Cuerpo Legislativo, y en lugar de lisonjearle esta elección, se obstinó en esperar que le mandasen se quedase en la Isla como esencialmente necesario para mantener el orden y restablecer la agricultura; aparentó, es verdad, ceder a las instancias del Pueblo y de las autoridades coloniales, pero manifestó también importarle más la utilidad de su Comisión en la Isla que aquella otra autoridad seductora, sus amplios poderes y lucrativo cargo en el Cuerpo Legislativo. al cual la voz del Pueblo (dirigida por Toussaint) le había destinado.

Este magistral desenfado político de Sonthonax desconcertó tanto más a Toussaint cuanto semejante arbitrio (nuevo para él) no había caído aun debajo su comprensión, lo que le obligó a contraponerle arbitrios semejantes, bien que sus ideas, aun confusas para esta táctica, no se le desataron según los deseos de su impaciencia, pues necesitó todavía cinco o seis meses para disponer la ejecución de su proyecto. Con todo, preciso es decir en su elogio que el grande secreto que observó, la disimulación que empleó y la energía que mostró al tiempo de obrar, no podrán confundirse nunca

con los conocimientos elementales que son propios del aprendizaje. Millares de negros se aproximaron al Cabo; dobláronse las guardias y el aparato de un gran acontecimiento se manifestó como precursor de un hecho trascendental. Presentóse entonces Toussaint a Sonthonax y le manifestó que el pueblo reclamaba su salida para Francia (pues siempre se mostraba como el órgano de sus demandas); cuanto más dilatara su salida tanto más peligraba la pública tranquilidad, y Sonthonax, que por ventura había sido sorprendido por primera vez en su vida, pidió algún tiempo para deliberar, lo que le negó Toussaint, y aun al punto lo hizo embarcar en un malísimo buque que a las pocas horas se dió a la mar.

No paró aquí este acto de violencia. Era menester justificar a la faz de la Nación y su imaginación entró en juego, pues a falta de mejor medio, se allanó Toussaint a adoptar uno tan raro y tan increíble que arrastró consigo la cualidad distintiva del pretexto por defecto de cualquiera otra cualidad verosímil: era todo un artificio de Independencia que se suponía confiado por Sonthonax a Toussaint, y que éste había rechazado con indignación; forjándose conferencias pertinentes que trazaban como en cuadro el estado en que la Colonia hubiera caído si Sonthonax hubiera podido ejecutar sus designios, y con esto Toussaint apareció ante Francia tan lleno de virtudes, que si hubiera escuchado a Sonthonax más se le hubiera reputado por amigo de la desorganización, no siéndolo en manera alguna. antes sí muy celoso del orden, como yo lo acreditaré.

Sin embargo de lo que ya ha hecho, Toussaint envía Diputados a Francia con encargo de pregonar sus cualidades, a título de un derecho a las recompensas que debía esperar en fuerza del motivo original que lo elevó al cargo. El ciudadano Raymond ha quedado (en apariencia) solo en la Colonia encargado de la parte civil, pero estupefacto con lo acaecido a Sonthonax, no es sino un Ministro pasivo de la voluntad de Toussaint.

En este estado continuó la Colonia por tiempo de seis meses, al fin de los cuales llegó, en calidad de Agente General Hédouville, a quien precedía la reputación de gran militar y pacificador de la Vendée, estimado aun antes de haber llegado y en quien confiaban cuantos suspiraban por un libertador que restableciera el orden. Tres fragatas condujeron a este General, a varios oficiales y habitantes al Puerto de la ciudad



de Santo Domingo, desde donde se dirigieron por tierra al Cabo.

El General Toussaint que fué avisado de la llegada de las tres fragatas, debió haber ido a la presencia del nuevo Agente, o, por lo menos, debió hallarse en el Cabo para recibirlo. Con extrañeza de todos, se quedó en los alrededores del Puerto Republicano, simulando estar a la cabeza de un ejército que marchaba contra los ingleses, y el tiempo demostró después que, con efecto, estaba ocupado en hacer tratados con los ingleses, cuya evacuación de los puntos que en la Isla ocupaban, y la ejecución de algunos artículos secretos sobre indemnización, eran el resultado de aquellas inteligencias que tuvieron. El Puerto Republicano, la Arcahaia y el Môle fueron sucesivamente evacuados por los ingleses sin que el Agente hubiera tenido conocimiento alguno, ni de sus condiciones, salvo que respecto del Môle se le hizo una consulta.

Para efecto de esta consulta los ingleses enviaron una comisión al Cabo; se firmó una capitulación, y cuando ésta se llevaba al Môle, Toussaint la sustituyó por otra conforme a su gusto, y la del Agente fué rechazada, pues el General Maitland la devolvió con los comisarios portadores, diciendo que no quería tratar sino con el General Toussaint, cuya personalidad creció por esto rápidamente, al punto de que ya se consideró muy por encima de su cargo de General en Jefe. Llenaron los ingleses aquella su cabeza con los más insensatos proyectos, encaminados a la mayor gloria personal, pero cuyo verdadero fin era perpetuar el desorden, entronizar la anarquía y ocupar de tal modo los espíritus de los hombres de la Colonia con inquietudes interiores, que no tuvieran los ingleses nada que temer por la suerte de sus propios intereses. Le persuadieron que la Independencia era el único camino para fundar su autoridad sobre cimientos incommovibles, le ofrecieron que todas las fuerzas británicas cooperarían en tal obra con tal que el comercio fuera libre en la Colonia y exento de derechos para los ingleses, y los Estados Unidos debían ser llamados a participar de este comercio, bien que solamente para las mercancías de frutos y manufacturas. Así se hizo, y semejante Tratado hecho con el General Maitland (que los partidarios de Toussaint tienen aun el arte de clasificarlo entre los problemas resueltos) fué inserto en las Gacetas americanas de aquellas épocas, y los hechos que siguen probarán sus consecuencias.

El General Maitland, no bien ejecutó la evacuación del territorio, se dirigió a Inglaterra. Las Gacetas de Londres del mes de diciembre de 1798 anunciaron su llegada, la presentación que hizo al Rey de aquel Tratado y su aceptación.

Toussaint, una vez acabó sus operaciones con los ingleses, atendió a desembarazarse del Agente Hédouville, y así lo hizo con el mismo buen éxito del procedimiento que empleó antes con Sonthonax. Una turba de diez mil negros campesinos, con otros de los pueblos que se les agregaron, avanzaron hacia el Cabo y amenazaron que entrarían nuevamente en la ciudad a sangre y fuego. El General Hédouville, perfecto conocedor de las intenciones de Toussaint y cuánto incomodaba a los designios de éste su autoridad y su representación nacional, queriendo evitar la efusión de sangre europea y la destrucción de la ciudad, y atento a dar cuenta exacta a la República Francesa del estado de la Colonia, manifestó que por su parte se embarcaba presto, y no bien hubo este partido sabio y prudente, cuando Toussaint le envió al buque, en que ya estaba, un parlamento con súplica de volverse a tierra para encargarse nuevamente del Gobierno. Pero Hédouville, que en este caso no vió una virtud, sino un lazo de la refinada hipocresía de Toussaint, se guardó muy bien de acceder a tal invitación y se hizo a la vela.

Después de estas proezas, Toussaint se ocupó activamente en juntar todas las declaraciones posibles y comprobantes capaces de persuadir, o al menos de aparentar, que él no había provocado el embarco del Agente; se sacaron copias de los libros de todas las Municipalidades de cuantos atestados había en ellos que acreditaban la constancia de estar el pueblo disgustado de las funciones del Agente Hédouville, y cómo la voz general había sido que saliera, porque el Gobierno en Santo Domingo era "ochlocrático": cada individuo era un magistrado... ¡Que elementos de anarquía!

Dicho Agente había enviado dos días antes de su partida dos edecanes suyos a Los Cayos, y éstos, cuando regresaban al Guárico, fueron asesinados entre la Arcahaia y St. Marc. Cristóbal, Comandante del Puerto Republicano, fue pasado algunos días después por las armas, por no haber querido ejecutar en su distrito la orden feroz que se le dió por escrito, y de esta suerte un crimen se borró con otro crimen.

Todos los instrumentos apologeticos que se hicieron sobre la condición de Toussaint



fueron remitidos a Francia acompañados (como es costumbre) de mil protestas de fidelidad a la Metrópoli, con más las seguridades de que Hédouville había venido a la Colonia para desorganizarla por entero, y las promesas solemnes de hacer de la Colonia una tierra tan floreciente como nunca pudo hasta entonces haber sido, y porque si así le convino a Toussaint, hizo llamar al Comisario Roume, que estaba en la parte española para que inmediatamente pasase a la francesa, y la causa de esta llamada quedó manifiesta por el trato que le dió seguidamente.

El ciudadano Roume correspondió a esta invitación muy a su placer, por cuanto al propio tiempo llegó a sus manos un decreto del Directorio que lo elevaba al cargo que antes había tenido el General Hédouville. Dirigióse este Agente al Puerto Republicano, donde tuvo intención de establecer su residencia, y la primera providencia que tomó fué la de reunir los tres más señalados personajes, en cuyas manos estaban las fuerzas armadas, a saber: el General en Jefe Toussaint Louverture, el General Rigaud y el General Beauvais; era su intento coordinar la acción de ellos, para que adoptasen normas eficaces que aseguraran en el distrito respectivo de cada uno la autoridad pública.

Pidió Roume al General Rigaud que desmembrara de su territorio el Grand-Goave y el Petit-Goave, para formar un gobierno particular que había de conferir al General Laplume, y esta cesión no ofreció dificultad. En cambio, nada de lo acordado impidió a Toussaint, aprovechándose del ingente concurso de ciudadanos que había ido al Puerto Republicano para disfrutar del espectáculo de la reunión de la autoridad nacional con las autoridades militares, para pronunciar un discurso a la multitud endeerezado a presentar a los mulatos como cabezas feroces, cuya amputación necesariamente era una obra meritoria. Este desparpajo de Toussaint, esbozo de su proyecto de independencia y de la resistencia que hacía a la organización propuesta por Roume, obligó a Rigaud y a Beauvais a desaparecer inmediatamente de la ciudad, y desde este momento quedaron definidas las facciones; y otro motivo que señale el comienzo de ellas no ha de hallarse, ni fijarse para otra época. El ciudadano Roume se deshizo en lamentaciones, porque, en realidad, esto era lo único que podía hacer después de la falta cometida de haberse entregado a la dirección de unos hombres de miras tan diferentes a las suyas y teniendo

ellos, como tenían en sus manos, toda la fuerza del país. Toussaint, como hombre precavido, viendo que la residencia del Agente en el Puerto Republicano, podía contrarrestar sus proyectos por la facilidad de intervenir cerca de la parte del Sur en conciliaciones opuestas a la guerra civil que ya se traía entre manos, decidió que se trasladara al Guarico, y así hubo de hacerle Roume, muy a su gusto si se atiende a lo que consignó por escrito, muy a su pesar, en atención a sus sentimientos.

Desde entonces todo quedó expedito para que corriesen de nuevo rios de sangre en la Colonia. El ciudadano Roume hizo cuanto un hombre colocado en su misma situación podía hacer para que no llegaran a las manos. Se le permitió, empero, que hiciera algunas proclamas, pero fué a condición de que declarara al General Rigaud incurso en crímenes, que ni siquiera había pensado; y en tanto que el pacífico Agente escribía y de buena fe entendía en disponer cuanto cabía en su estrecho poder, se desplegaron fuerzas contra Rigaud, que hasta entonces se había mantenido sabiamente a la defensiva, y rápidamente se enfrentaron los ejércitos, chocaron y la sangre corrió antes que el Agente hubiera podido tener noticias de esta conflagración. No hay persona que falte a la justicia si asevera el grande dolor de Roume por esta horrenda catástrofe; nadie ignora cuántas precauciones privadas y públicas tomó para evitar el derramamiento de sangre; no hay quien no sepa cuantos vejámenes padeció y cuán mal tratamiento ha recibido por no haber aprobado tantos actos de ferocidad cometidos en las poblaciones de la Colonia. Que lo digan, o no; que lo confiesen, o que lo nieguen, o por temor al General Toussaint crean que deben callar, ello es que los mulatos de las comarcas del Norte y del Oeste han sido asesinados con premeditación bien concertada; en una palabra: Toussaint ha sido para esos desgraciados lo que fué Carrier para los ciudadanos de Nantes. Esta guerra, este prejuicio dura aún y durará mientras los mulatos no sean destruidos, o sus verdugos no tengan medios para saciar su sed de sangre y de muerte, hasta no dejar en la Colonia hombres de color que no sea su color. Muy bien saben ellos que los blancos, sin los mulatos, son tan pocos, que no quedará uno quince minutos después de firmado el decreto de su expulsión.

Cuando finalizaba el mes Terminal (sic: debe ser Termidor) del año 7º de la República, llegó de los Estados Unidos al Guárico una corbeta que conducía al ciudadano



Bunel, que había sido enviado por Toussaint cerca del Presidente de los Estados Unidos para hacer un Tratado de amistad y comercio entre dichos Estados y la Isla de Santo Domingo, y con él, vino un agente americano, el Dr. Esterbers, para perfeccionar esta negociación y concluir el Tratado. No sabían que forma dar a este acto diplomático para que no tuviera viso de usurpación a la Soberanía. Hablan al ciudadano Roume, y le encuentran dispuesto para la introducción de provisiones en la Colonia, pero se niega a firmar disposiciones injuriosas a Francia e incompatibles con las relaciones políticas y comerciales de la Colonia con la Metrópoli; quieren nada menos que la libertad de comercio para los americanos e ingleses; que los navíos y barcos de guerra de estas dos naciones puedan entrar libremente en los puertos y radas de la Colonia, etc. etc.

Muy a mal llevó el ciudadano Roume estas pretensiones que eran cabalmente una declaración de Independencia. El debate fue muy vivo y largo, como que se pasaron ocho días consecutivos y sin intermisión para llegar a un acuerdo; por fin se allanaron Toussaint y el agente a que no se admitiesen en los puertos de la Colonia barcos ingleses debajo su propio pabellón, pero se hicieron firmes en demanda que todo lo demás se declarara por ley. El Agente Roume pretendió insistir todavía en que debían contentarse con lo que era indispensable para las subsistencias en la Colonia, pero la amenaza de sublevar a los negros y la resolución en que estaban de desconocer la autoridad del Agente si no se prestaba a dar carácter legal a sus proyectos, determinaron que Roume suscribiera el decreto del 6 Floreal, año 7º, por el que el comercio exclusivo de la Colonia quedó para los americanos y los ingleses, estos últimos obligados a tener el pudor de arbolar a la entrada y salida el pabellón americano. El curso fué enteramente abolido; los mares quedaron absolutamente libres para el comercio inglés, etc. etc.

Convencido el ciudadano Roume del vicio de este decreto, dió cuenta de él, con copia del mismo, al General Kerversau (entonces Comisario Francés en Santo Domingo) y éste, si quedó asombrado de los particulares de dicho decreto, no menos se espantó del partido que hubiera tomado Toussaint, si Roume no lo hubiera firmado. No obstante esta confesión tan llena de sinceridad, es muy creíble que Roume fuese forzado a presentar en Francia, bajo de distinto aspecto cualquiera, esta extraordinaria medida y a que callara cuidadosamente el perjuicio que ocasionaría a la República, ya que nunca

había tenido en todo el tiempo de sus funciones de Agente libertad para escribir más de lo que convenía a la multitud que seguía sus actos con el hacha sobre su cabeza. No es tampoco menos verdadero que a partir de esta época los americanos están considerados como dueños de la Colonia.

El decreto del Congreso que prohibía al comercio americano la frecuentación de los puertos franceses, so pena de confiscación, fué anulado el 21 de junio de 1798 para los que se encontraban debajo la dependencia y mando inmediato y efectivo del General Toussaint, como si este Tratado se hubiera concluido con un soberano que estipula en sus dominios. Se dirá tal vez que para Toussaint no debían considerarse partícipes del mismo favor los puertos que, en su concepto, estaban en estado de revolución; pero esto mismo prueba el alcance de extensión que se dió al Tratado y que el Presidente de los Estados Unidos reconoció la soberanía de Toussaint, ya que este es quien declara abiertos los puertos que quiere. Vaya una prueba: El Puerto de Santo Domingo no podía estar comprendido en la parte en revolución, y, con todo, siguió cerrado para los americanos, no en cuanto era puerto español, respecto de estar franco y ser a los americanos facultativo entrar en las posesiones españolas, sí como puerto francés, reputado como tal después de la cesión hecha a Francia por el tratado de Basilea. Y dicho puerto no está bajo de la dependencia de Toussaint.

Casi en la misma época el General Maitland llegó de Londres, vía Estados Unidos, al Guarico. Se le hicieron fiestas públicas con escándalo de los amigos de la Metrópoli y conducido a Gobevert, (sic) donde Toussaint estaba, tuvo con él largas conferencias en que forjaron diariamente nuevos proyectos. En el mes Fructidor, año 7º, varios buques con pabellón americano y escoltados por fragatas, llegaron a la Colonia; para ellos los agasajos, y las consideraciones... En cambio, el comercio nacional que aun quedaba entonces, recibió, por varios acaecidos a sus embarcaciones, la prueba convincente de los principios dominadores que cada día adquirían más y mayor acrecentamiento.

Las fragatas y otros barcos menores armados de los Estados Unidos en lugar de desaparecer, aumentaron por esta especie de nuevo tratado de amistad sus incursiones contra los barcos franceses, redoblando la persecución y multiplicando sus cruceros continuos y bien combinados. Cuanto barco francés cayó en sus manos fué tenido



por buena presa y enviado por los americanos a los Estados Unidos, donde se aprobaba la captura so pretexto de ir armado en corso y mercancía, como si una potencia neutral pudiera obligar a los beligerantes a navegar sin armas y como si tal hecho convirtiera en buena presa cualquier barco de guerra a beneficio del neutral que lo apresa. Tan difícil era a los desgraciados barcos franceses escapar de tan inauditos atentados, que las fragatas americanas fondeaban al costado de ellos en los puertos de la Colonia, y cuando conocían haber llegado el tiempo en que dichos barcos harían su salida con destino a Francia, se salían un poco afuera y los tomaban, como ocurrió a los Dos Angeles de Burdeos y a otros varios.

En el mes Germinal último, informado el capitán Viaud, del *Sonduyck*, procedente de Nantes, del peligro que le amenazaba si entraba en el Guarico, juzgó mejor dirigirse a Puerto Plata, en la parte española de la Isla, teniendo por más seguro partido hacer una venta lenta y poco lucrativa que ser presa de los americanos. Apenas supieron éstos aquella precaución, de la fragata "*La Constitución*" le enviaron al segundo jefe en un barco pequeño, que entró en Puerto Plata con pabellón americano el 21 Floreal. Púsose al costado del barco de Nantes y le metió 200 hombres, con lo que se apoderó de él y puso el pabellón francés debajo del americano. El Comandante español envió al punto a saber que significaba aquella maniobra; respondióle que se hacía todo por órdenes de la fragata "*La Constitución*", que tal barco era buena presa y que se lo llevaban a los Estados Unidos; como, con efecto, lo hicieron, pues a pocos momentos se dieron con él a la vela. Puerto Plata estaba sin defensa, y, claro es, el Comandante español no pudo vengar este atropello hecho al territorio y a los derechos de las Potencias francesas y española. Pues si el comercio es tan maltratado en estos parajes por los americanos, júzguese cual es el trato que da Toussaint a todos los barcos que envía el Gobierno Francés.

Hasta ahora cuantos ciudadanos han llegado de Francia en embarcaciones del Estado, han sido, a su llegada, tratados como enemigos, aherrojados en prisiones, o llevados a pontones para morir en ellos casi todos, o bien han sido incluidos en la requisición de la guerra civil; cuanto más recomendados han sido por el Gobierno Francés, más parece se han esmerado en ajarlos y asegurar sus personas; porque si se han hecho algunas excepciones, éstas han sido tan raras y sorprendentes que, en vez de des-

truir la regla general, le han confirmado.

La fragata "*La Besial*", perseguida por los ingleses, se halló en el caso de arribar al Puerto Francés, media legua a barlovento del Guarico. Traía pliegos del Gobierno Francés para el Agente, y su capitán, hizo desde allí viaje por tierra para entregárselos. Su misma escolta se los quitó por el camino, y cuando llegó al Cabo protestó enérgicamente del atropello, pidiendo castigo para los autores. La muerte que recibió de mano de la casualidad o del crimen, vino a poner este hecho en eterno olvido.

Ahora hemos sabido que el ciudadano Dubois, comandante del bergantín "*La Diligencia*" y todos sus oficiales han sido embarcados, y que el primero está arrestado, dicen que porque el ciudadano Roume quería embarcarlo en el mismo barco.

Colíjanse, pues, por estos hechos, qué respeto se guarda a los funcionarios que se envían a Santo Domingo y cuán despreciada está la autoridad de Francia, y sáquese de todo ello qué sinceridad hay en tantas protestaciones de su misión, tan cuidadosamente enviadas al Gobierno Francés no más que para prolongar el término en que la Nación abra, al fin, los ojos y se decida a vengar los ultrajes que se le han hecho.

La teoría de este monstruoso régimen se ha perfeccionado en la práctica con la más esmerada aplicación del ropaje de fórmulas legales a todo acto anarquizante. Hasta la correspondencia de Francia ha caído víctima de la más estrecha vigilancia, superior en comparación a la que nos cuentan de la Inquisición: no hay una sola carta que salga o llegue, y siga su curso, si en ella se reconoce haber palabra sobre el estado de la Colonia, o insinúe cosa que descubra el error en Francia. No puede ninguno fijar su pensamiento, sin extremecerse, conociendo los medios indecentes, iníquos y vejatorios puestos en juego para que el ciudadano Roume no hiciera llegar hasta el Gobierno Francés, sino elogios de cuantos cada día cometían un atentado, o contra la autoridad nacional, o contra la humanidad.

Preso en la casa destinada para su alojamiento, el Agente del Gobierno Francés ha sido tratado como hombre de quien más podía temerse. Una guardia numerosa apostada allí por los satélites de Toussaint, tenía orden de no permitir la entrada en la Casa Nacional a ninguno sin ser cacheado y reconocido previamente; el que salía de ella estaba igualmente sujeto a esta ultrajante formalidad, y el Agente reducido a no comunicar sino a la vista de aquellos cargos,



no pudiendo recibir nada, ni escribir palabra que no fuese de provecho y utilidad para los designios de quien en realidad era prisionero.

En este martirio continuo, en esta cautividad de hecho ¿qué ofensa o qué daño podría venir a Toussaint por avisos de su pluma? Es constante que no ha tenido ni siquiera la libertad que un tutor concede a su pupilo, ni una nodriza o niñera al niño que alimenta. Muchas veces el clamor de la verdad heriría sus oídos, pero no le era permitido creer siquiera sino lo que sus guardianes le manifestaban, ni debía poner nunca en duda que ellos habían recurrido siempre a su autoridad, para actos en que era formalmente indispensable, y quedar ellos exentos de responsabilidad. No he de decir, empero, que el Ciudadano dejó de manifestar a veces una energía asombrosa, ni representado con firmeza, sino que todo ha sido inútil, pues ha debido ceder a la violencia. La República Francesa le debe, sobre todo, el más vivo reconocimiento por la resistencia que ha puesto a acceder y dar su firma al decreto que se le exigía para tomar posesión de la parte española, que, al fin, hubo de entregar.

Había más de un año que el General Toussaint deseaba extender su dominación sobre toda la isla; durante todo este tiempo repitió su pedimento al ciudadano Roume para que le dejara tomar dicha posesión de la parte española, y cuanto más resistencia hallaba, tanto más renovaba sus instancias. Decíale Roume que tal pretensión era inútil, a menos que lo que quería fuese saquearla o aniquilarla, ya que por entonces aquella parte sería más de carga que de provecho, no teniendo renta capaz de sufrir los gastos que anualmente sufraga España. que eran de 300.000 a 400.000 pesos. La fuerza del razonamiento hacía callar a Toussaint, mientras la impresión era mayor que su ambición, pero luego volvía importunando, sin que hallara en Roume la menor variación de criterio. Finalmente, estrechado de la necesidad de dinero y de gente (que creía encontrar en la parte española) para poder reducir al General Rigaud, como por no querer tener sino el mar por límites de su imperio, al principio del mes Terminal (sic) envió cerca de Roume al ciudadano Agé, General de Brigada de su partido, para que le pidiese con instancia que pasase al Puerto Republicano, y disponer se le entregase la parte española. El ciudadano Roume no quiso acceder a lo uno, ni a lo otro; respondió que la presencia de un Agente inglés (que sabía es-

taba en el Puerto Republicano para ejercer funciones en nombre de S. M. B.) era incompatible con la suya. Como el General Agé no tenía más talento que el de dar algunos consejos persuasivos que regularmente se disipan antes de que prendan en el corazón, perdió en esta negociación diez días, y al fin, su misión fué infructuosa, consideradas la firmeza del Ciudadano Roume y la consistencia de sus principios, y hubo de retirarse y volver al lado de Toussaint que se hallaba en Bouner. Cuál debió ser el furor de este hombre cuando halló que, por la inflexibilidad de Roume, no podía, sin la toma de posesión solicitada, hacer pasar una población de 120.000 almas tranquilas y en paz al estado de horrores de la desorganización que meditaba.

No se dudó que Toussaint, ya acostumbrado a doblegar todas las voluntades a la suya, fuera a dar de mano a este negocio, dejándolo como se estaba, sino que lo fértil de imaginación daría con medios para obligar al Agente a mudar de resolución.

Toussaint seguía en Bouner, pero sus órdenes corrieron por montes y llanuras; puso en revolución a los negros, y le sofreció la parte española si conseguían del Ciudadano Roume la orden para tomar la posesión de ella. Una muchedumbre compuesta de siete a ocho mil hombres fué a acamparse media legua del Guarico. La ciudad se alarmó; sus vecinos se pusieron sobre las armas para defenderse del pillaje y de un nuevo incendio que temían de parte de aquella chusma advenediza. De ésta partió una Comisión al Guarico, que hizo conocer a la ciudad que no había otro camino para conservar las vidas y las propiedades, sino a condición de que, custodiados fuertemente el Agente y los Miembros de la Municipalidad, se los enviasen al campamento. Por ilegal y atroz que fuese esta pretensión, reconocíose que más peligro se corría con una negativa, que concediéndola a los emisarios. Las víctimas fueron entregadas a los rebeldes y llevadas al campo, donde experimentaron las vejaciones en que suelen desatarse los hombres que en medio del motin se juzgan más fuertes que los ministros de la ley. Uno de los jefes insurgentes se adelantó al ciudadano Roume con el sable en alto.

El Agente creyó que había sonado para él la última hora. No obstante, tuvo valor para armarse de aquella autoridad y dignidad que tanto enaltecen al magistrado en los lances peligrosos y, quitándose el pañuelo que llevaba al cuello, dijo al jefe que



le amenazaba: "Sin duda que quieres mi vida, y que el crimen ha elegido tu brazo para ejecutar su decreto; asesta el golpe. Aquí tienes mi cabeza; mis vengadores están en Francia". Estas palabras, dichas en el tono firme que siempre inmutan, aún al más malvado, contuvieron el furor de aquel hombre que un momento antes parecía tan resuelto.

Intimaron a Roume que diese al punto cuenta de todo el dinero que había recibido y gastado en Santo Domingo, pues con él debió haber dado a los labradores la propiedad de la mitad de los terrenos, y le demandaron la libertad que les era completamente indispensable para poder ellos trabajar en provecho propio, en lugar de trabajarlo todo para beneficio de los propietarios; en fin, que había otras cosas sobre las que el General en Jefe debía pedirle su declaración. Resolvieron entonces enviar a llamar a Toussaint que estaba en Gonare (?) o en otra parte. En este espacio de tiempo, quizás por efecto de un refinado desprecio en que se sumieron (de que hay muy pocos ejemplares), pusieron en un encierro al ciudadano Roume y a los administradores municipales, entre inmundicias, durante nueve días con sus noches, esto es, todo el tiempo que tardó en llegar Toussaint, quien simuló espantarse y aun afligirse de lo que estaba pasando; prodigó al ciudadano Roume y a los administradores pruebas de su afecto, y pidió a la chusma declarara lo que quería. Repitieron lo que ya tenían dicho, añadiendo con insolencia, que Roume había de dar el decreto para tomar la posesión de la parte española.

A esta solicitud el ciudadano Roume se levantó y dijo: "Veo que ha llegado el momento en que el crimen va a ejecutar su obra, retardada por mí, para cubrir con el velo de la legalidad disposiciones en pugna con la soberanía individual de la República Francesa; debo consagrar este último momento de mi vida a haceros entender cosas que los acontecimientos no tardarán en justificar. Vos me hicisteis venir de Santo Domingo para hacer de mí un cautivo, y serviros de mi autoridad para dar fuerza de ley a los más culpables actos. He condescendido con cuanto habéis querido, porque esperaba yo, con mi dulzura y perseverancia, enderezaros al camino de la razón y de la virtud. Nunca pude dar a Francia el menor conocimiento de las infracciones diarias que se hacen de las leyes; mi cautividad, el lugar donde me habéis tenido, me han quitado todos los medios para ello. Hoy ponéis el sello a vuestros hechos, imponiéndome,

a trueque de mi vida, que os entregue un País, en donde la tranquilidad y el orden imperan, para que se convierta en foco horroroso de robos y de llamas. Pues bien: No, no firmaré el decreto de muerte de esos pacíficos habitantes de la parte española; y pues estoy en la alternativa de ser sacrificado, o de daros la posesión, mi elección está hecha: Descargad el golpe, que Francia me vengará".

Este discurso, que hubiera conmovido el corazón de un tigre, hizo poca o ninguna mella sobre aquellos hombres de acero en su dureza. El General Toussaint significó firmemente al Ciudadano Roume, que si al punto no firmaba la orden, todos los blancos de la Colonia serían degollados, y que entraría en la parte española por el fuego y por la espada en la mano. Esta execrable orden hizo derramar lágrimas al Ciudadano Roume y, volviendo la vista a otra parte, firmó el decreto de 16 Floreal.

En este decreto asentó una precaución con la que creyó justificar su conducta en razón de la promesa que tenía hecha de no pedir en todo el tiempo que durara la guerra civil y hasta que se enviara tropa para la guarnición, la toma de posesión. (1)

(1) Véase lo que escribió el 19 Nivoso, año 8º, el ciudadano Roume al ciudadano Pons, Juez de Paz en Santo Domingo: "Os debo, por vuestra última carta de 19 Brumario, mi mayor reconocimiento y grandes elogios. Inmensa satisfacción he sentido al leer los sabios consejos que habéis dado a nuestros nuevos hermanos, antes españoles, en uno de vuestros interesantes manifiestos, a quienes sin duda alguna ha querido asustar la idea de la inmediata toma de posesión, noticia que ha cundido con solo fin de que se origine en esa parte otra revolución, para que el número de nuestros enemigos se multiplique y nos embistan por todos lados. Las razones que manifestáis, ciudadano, en vuestra carta contra la toma de posesión, me han dado tanto placer, cuanto que me prueban que yo he juzgado ese negocio debajo el mismo punto de vista que me presentáis; y así, si no llego a tener la desgracia de perder el juicio que Dios me ha dado, es enteramente imposible que pueda yo ocuparme en esa toma de posesión, a menos que la antigua parte francesa se vuelva del todo a la tranquilidad, y después de haber recibido fuerzas de Europa que me pongan en estado de situar allí guarniciones que no asombren a nuestros nuevos hermanos, y se den leyes que no colidan con sus viejas costumbres. El General Toussaint, este virtuoso filósofo, cuyos elogios nunca serán bastantes (este es el pasaporte de la carta) piensa absolutamente igual que yo. ¿De dónde procede ese cambio



La Administración Municipal había dirigido un oficio, requiriéndole, en nombre del Pueblo en masa, a Toussaint que pidiera la toma de posesión, y el ciudadano Roume se contrajo a este papel en su decreto, lo que prueba positivamente la violencia a que hubo de ceder. Este decreto fué expedido y dirigido a mi nombre e igualmente al Señor Gobernador, a quien hallé personalmente dispuesto a la entrega para el caso de tener embarcaciones disponibles de su nación en que trasportar seguramente el Gobierno, la guarnición, el Archivo y las Cajas Reales.

Un día después de la respuesta que hubo de darse al ciudadano Roume, llegó a Santo Domingo el General Agé, con comisión de tomar posesión de la parte española y mandar en ella con calidad de jefe. Proceder indecente en grado tal cuanto que el decreto del Agente no podía tener para el Gobernador español otra fuerza que la de un ruego. El Tratado de Basilea dice que los Comandos respectivos se concertarán sobre la entrega. Debían, pues, esperar respuesta antes de seguir ningún procedimiento; pues así como no se colvino la entrega por no haber en el puerto escuadra para trasportar todo lo perteneciente a los españoles, y era casi imposible que por el momento pudiera verificarse todo sin aquel auxilio, fué muy justo que por nuestra parte se tuvieran los miramientos del caso.

Entonces fué cuando se manifestó la consternación general. Todos temían este acontecimiento como la mayor de las calamidades públicas; la imagen horrorosa del desorden de la Colonia con sus rios de sangre y la invasión de las propiedades se apoderó de todos los vecinos, que en tan críticas circunstancias, se dirigieron, con el mayor respeto, a las autoridades, implorando su socorro y protección. El venerable Clero unió sus súplicas a las de sus fieles; todas las clases sociales, todos los gremios se juntaron, formando un solo cuerpo para pedir se retardase la toma de posesión hasta que Francia lo ordenara, concediendo al País (que aun no había experimentado inquietud alguna) un régimen conservador.

Esta súplica, cuya principal cualidad era el respeto y la sumisión, tenía tanto derecho a la solicitud favorable de las autoridades

tan repentino? No creáis, os ruego, que cuando se pongan a inquietar a nuestros hermanos esas noticias, sean para ese fin, ni para otro que entonces se invente; ni excuséis, querido conciudadano, hacer a Francia el servicio de tranquilizar a nuestros nuevos hermanos, como lo habéis hecho tan sabía y utilmente en esta ocasión".

des, cuanto que negarse a la petición hubiera sido como entregarlos a la desesperación. Pero el bien público halló en el Caballero Gobernador la disposición de protección al País, que con celo y sabiduría ha mantenido hasta el presente en asombrosa tranquilidad, a la que sucederían las más compasivas escenas, si lo dejara de la mano, sin su apoyo y sin esperanza, e intérprete del amor de S. M. C. que continuamente ha dado pruebas de bondad a estos fieles vasallos y en prueba de la misma, decretó el 21 de mayo de 1800 la suspensión de la entrega hasta el regreso de los Diputados que se enviaron a Francia y España.

A pesar de esta determinación que dió fin a la comisión del General Agé, éste quiso esperar las órdenes de su Jefe; pero el Pueblo, que no se sentía fuera de peligro mientras permaneciera en la Ciudad, pidió que se retirara, y la tranquilidad pública que así se ejecutara. No puede menos de elogiarse la prudencia con el que Gobernador procedió en aquellas circunstancias.

Lo que se siguió a estos hechos presenta un cuadro mucho más instructivo y verdadero que cuanto se escribió al Gobierno Francés que, hasta el presente no ha tenido de esta Colonia sino noticias inexactas, imperfectas o desfiguradas.

¡Cuán cierto es que los resultados son siempre la piedra de toque de cuanto se dice! Que se pregunte a Toussaint que se liasonjeaba de mantener tan sabiamente, y que tenía ofrecido desde hace tres años poner la Colonia en su primer esplendor: ¿qué frutos son los que ha conseguido? ¿qué renta han sacado de sus bienes los infelices propietarios que gimen en Francia, en Santo Domingo y en otras partes en la más cruel miseria? ¿qué policía se observa? ¿qué protección recibe el comercio nacional? etc. etc. Si la sinceridad dictara su respuesta, confesaría que desde que las riendas del poder están en sus manos, no ha habido sino sublevaciones, y enconos en todos los confines de su mando, y que esta obra ha sido coronada con una guerra civil que dura ya quince meses, en que han perdido la vida más de treinta mil ciudadanos; que las tropas no reciben sus pagas; que las Cajas están vacías y el numerario solo pasa a sus partidarios; que la más afrentosa anarquía tiene a los buenos ciudadanos en un perenne temor; que la autoridad nacional ha sido violada, despreciada, vilipendiada; que los ingleses se reciben escandalosamente en los puertos con pabellón americano, etc. etc.

¡Cómo se engañó Francia, al creer que el General Toussaint era indispensable para la



existencia de la Colonia, y que no podía, sin riesgo, quitarle el mando, que él consideraba como una propiedad particular! La verdad es que toda su influencia no se debe sino al testimonio continuo de su adhesión que ha estado dando el Gobierno Francés y contando con la impunidad de sus atentados por los favores y elogios que éste le prodiga, ya no conoce límites su audacia.

Si, por el contrario, la nación hubiera empleado con él un lenguaje conforme a la grandeza y dignidad de la República; si ella solamente hubiera aplaudido sus actos verdaderamente loables, y hubiera condenado la multitud de los que no son dignos de alabanza, este hombre, que no es nada de lo que de él se supone, hubiera cometido muy menos atentados en su carrera política, y nunca hubiera concebido las ideas que hoy día le atormentan de engañar a Francia, a Inglaterra, a España y a los Estados Unidos. A Francia, por la Independencia que premedita, simulando estar unido a ella por los lazos del respeto. A Inglaterra, desvastando sus posesiones, para uncirlas a su dominio; y si alguno duda de que no ha tenido parte

en la expedición de los dos incendiarios que en Brumario último envió a Jamaica, a la que el ciudadano Roume trató de proteger, no tiene sino pedirme las pruebas, que estoy pronto a suministrar. A España, llevando a Cuba y a Puerto Rico sus principios destructores al intento de hacer de estas cuatro islas un Imperio para sí y para su posteridad. Y, por último, a los Estados Unidos, sirviéndose de ellos hasta que no los necesite.

Francia, para allanarlo todo en Santo Domingo, necesita enviar uno que dicte y haga cumplir sus mandatos en que estribe la reunión de sus antiguos Amigos. El terror que habría de inspirar esta resolución en los malintencionados (sin otra consistencia que la que han derivado del prestigio que han sabido fabricarse en Francia) restablecería el orden sin efusión de sangre, pues no habría ciudadano que no se alistara bajo del pabellón de la Metrópoli, y el ambicioso quedaría solo, entregado a su rabia o a sus remordimientos.

(Concluye en el próximo número)

Correspondencia Diplomática de Levasseur, de Moges, Barrot, etc.

Años 1843 y 1844.

EDICION Y NOTAS DEL LICDO. MAXIMO COISCOU HENRIQUEZ,
ACADEMICO CORRESPONDIENTE, ETC.

(continuación)

Malgré son apathie et son indifférence, le Président Boyer prit quelque inquiétude de cette disposition des esprits; il pensa qu'il était urgent de donner le change à l'opinion publique et de la porter dans une autre direction; pour atteindre ce double but, il proclama et répéta sans cesse, qu'il se sentait malheureux de ne pouvoir venir au secours des infortunées populations du Nord, qu'il voudrait pouvoir leur consacrer toutes les ressources du trésor de l'Etat, mais que ces ressources n'appartenaient pas à la nation, qu'elles étaient devenues la propriété de la France, par le traité de 1838, qu'il était engagé, d'honneur, à l'exécution de ce fatal traité; que d'ailleurs, tenter de le rompre,

serait attirer sur le pays, des malheurs plus grands encore, que ceux qui pesaient en cet instant sur lui.....mais cette manoeuvre tourna contre son auteur.....le traité de 1838 était déjà bien assez impopulaire, pour qu'il fut possible d'ajouter à son impopularité, sans compromettre davantage celui qui l'avait conclu, et qui proclamait sa ferme résolution de le maintenir!! (20)

(20) Comparer con Ardouin, op. cit., t. XI, cap. I (especialmente pp. 4, 6, 7, 8, 10-16, 19, in fine, 25, nota (2), in fine, y 33) y cap. V ("tremblement de terre du 7 mai; son effet dans l'Artibonite, le Nord et le Nord-Est; reproches faits à Boyer en cette occasion"); Price Mars, op. cit., p. 42; Léger, op. cit., pp. 197, 200 y 219; y Dorsainvil, op. cit.,

